



PINTURAS DE JESUS ARENCIBIA

Nuevamente ha expuesto Jesús Arencibia en la Sala Cairasco, dependiente, como es sabido, de la Caja Insular de Ahorros. Fue Jesús Arencibia quien, hace un par de años, colgara por primera vez sus obras en aquella sala, inaugurándola. Sus nuevas pinturas suponen una continuación de las anteriores, ahondando más en su temática habitual (gente popular) y alcanzando mayores cotas en cuanto a expresividad se refiere. Con frecuencia se ha insistido en destacar el carácter religioso de la pintura de Arencibia. Y, en efecto, no hay duda de que el mismo existe en ella. No obstante, y en líneas generales, la estética de Arencibia se aparta por completo del arte religioso convencional.

En sus cuadros no son fácilmente hallables los símbolos tipificados por la tradición, ni las características representaciones de los mitos religiosos convencionales. Sus composiciones reflejan, por el contrario, un mundo eminentemente familiar y hasta cotidiano. Los "santos" -convengamos en denominarlos así- asumen la apariencia física del hombre del pueblo, dentro, incluso de su propio entorno. Arencibia pretende, de esta manera, simplificar, haciéndolos más asequi-

bles a la comprensión popular, las significaciones de la ética religiosa.

Esta funcionalidad, eminentemente práctica, y por tanto pública del arte de Arencibia, lo ha llevado a cultivar profusamente el muralismo. Es, prácticamente, el único pintor indigenista canario que ha realizado a gran escala la pintura sobre el muro.

Al comienzo de su trabajo en su pintura de caballete, Arencibia propendía -como casi todos los alumnos de la Escuela- a una estilización muy geométrica del dibujo. Tal actitud, compensada antes por una ligazón adecuada a los modelos -reales o imaginarios, pero desde luego observados, de sus cuadros- lo condujo, en su desarrollo, a desvincularse de sus referencias habituales trazando una pintura desconectada con la realidad geográfica y étnica que presidiera el trabajo de sus primeros años. Sin duda, el pintor había llegado a saturarse de su propio estilo y buscaba unas formas expresivas nuevas. Este paréntesis de busca concluyó -tras un largo silencio- en 1970, materializándose en un gran mural que el pintor elaboró en dicho año para la iglesia de San Antonio Abad, de Tamaraceite. Este mural marca un reencuentro con sus antiguas formas; pero no para volver insistentemente a lo que ya había hecho y de la misma manera. Durante su etapa experimental, Arencibia había enriquecido poderosamente su técnica. Tanto en el mural aludido, como en la exposición que le siguió al poco tiempo, y en la que actualmente exhibe en "Cairasco" - el pintor se aparta de sus obras de inmediato precedente, insertándose en un expresionismo muy decantado donde, el mensaje, de un contenido dramático, se confía enteramente a las posibilidades del color y de la materia, con abandono de los lineamientos geo-

métricos y de la estilización del dibujo. El dibujo que ahora traza Arencibia previamente actúa sólo de pauta indicadora: la materia lo va deformando implacablemente hasta hacerle perder su condición realista, convirtiéndose, ella misma en signo suficiente. Entre el ligeromodelado de las figuras y el fondo del cuadro se establece unas zonas de ambigüedad. Los planos quedan a muy parecidos niveles dentro del mismo espacio dramático cuya atención central, es, desde luego, la figura, pero como un relieve mas marcado del paisaje, y no con independencia de él. Arencibia ha vuelto de nuevo a envolver en un mismo ámbito a hombres y tierras.

Por lo que respecta al color, éste ha quedado drásticamente reducido a los básicos negros y blancos, y a su tono intermedio: el gris. A veces, estos colores tienen una función autónoma, ya que a él, con independencia de las figuras, está confiada la realización del clima dramático del cuadro (unos monjes blancos, sin rostro); en ocasiones, el color, aunque significativo en sí mismo, se adjunta a unas líneas compositivas (dos viejas en diálogo), sumándose sus valores significativos y significantes.

La insistencia del pintor en esos elementales colores negros, blanco, gris es indicio claro del concepto vida, muerte, lucha que le sugiere la isla. A diferencia de Monzón, cuya interpretación dramática del mundo circundante se veía contenida por la rigurosa línea de su composición, Arencibia da salida en sus activas pinceladas a todo el dramatismo insular, de una forma dinámica, sublimándolo hacia una interpretación religiosa. El sobrio ascetismo de su paleta parece haber trascendido también a las figuras, infundiéndoles una sufrida temperancia.

LAZARO SANTANA